

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

NOVIEMBRE N.º 55 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION BARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V. 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzgemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veintá y cinco céntimos de peseta. Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece. El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO.

Calvario y Redencion, cartas de tres hermanos, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—A la memoria de mi padre, poesia, por J. Ortega Gutierrez.—Recuerdos de Carnaval, por F. L. O.—María, por E. B.

## CALVARIO Y REDENCION.

### CARTAS DE TRES HERMANOS.

María de Ossorio á su hermano Fabian.

Héme aquí ya en el claustro, hermano mio: héme aquí ya en el seguro puerto ante cuyos muros se estrellan sin fuerza las tempestades de la vida.

Ayer se cerraron para mí estas puertas que no han de volverse á abrir en un año entero: año que durará mi noviciado, y al término del cual, si se me juzga digna de ello, ceñiré á mi sien el velo de las esposas de Jesus.

Yo hubiese querido que todo terminase ayer, pero aun me quedan largos dias de prueba.

Sin embargo, en medio de esta paz, en medio de este silencio y esta quietud que me rodean, creo que el tiempo se deslizará para mí fácil y tranquilo, y todo lo feliz que ya puedo ser en este mundo.

Ayer te esperaba.

Hubiera sido tan dichosa teniéndote á mi lado!

Pero Dios, que sin duda me quiere toda para sí, hizo que estuviese sola... sola puede llamarse, en el instante en que mi mano débil y mi voz trémula han llamado á las puertas de esta morada para pedir un asilo en ella.

Ni Elia ni nuestra madre me han podido acompañar tampoco.

¡Ay de mí! yo no he tenido aun valor de participarles mi resolucion; yo no he tenido valor de despedirme de ellas tampoco.

¿Y para qué? esto hubiera sido quizá superior á mis fuerzas; esto me hubiera hecho quizá vacilar en mi resolucion, y, tu lo sabes, yo no debia retroceder.

Además, sé que van á ser felices, sé que tú mismo, mi amante y noble Fabian, tienes casi realizados tus sueños de ventura, por que Dios ha querido premiar tu lealtad y tu virtud, y esto me basta. Yo bendigo la voluntad suprema que ha sembrado de flores el camino de todos los que amo, y que á mí me ha sostenido en la difícil senda que he cruzado: senda erizada de espinas, pero á cuyo fin está Dios, ofreciéndome tambien mi parte de dicha, no aquí donde todo es frágil y vano, sino ha su lado, en el cielo, donde es todo inmortal y sin fin.



La ceremonia de mi entrada en el claustro fué solemne y sencilla.

Ya te dije que Elvira se queda conmigo, y algunos dias antes de aquel en que yo debia tomar el hábito, las dos nos instalamos en el convento, donde fuimos recibidas con una bondad tan sincera como estremada.

La niña en un principio parecia asustada y pesarosa.

Acostumbrada al lujo y á la ostentacion que la han rodeado siempre: á las lisonjas de los criados, al escetivo cariño de sus padres; parecia estremadamente aislada y pobre nuestra celda, y graves y áusteras las palabras de la anciana abadesa que se afanaba por acariciarla.

¡Ay! yo bien comprendo, Fabian, que esta paz tiene algo de triste, que estos muros espesos, que estos largos claustros donde solo se dejan ver grandes cuadros, que ora representan la escena de un martirio, ora la soledad de un anacoreta, ó una faz macilenta y dolorida, son poco á propósito para alhagar á una tierna niña, á quien solo miedo puede inspirar semejante perspectiva. Para que este frio no hiele el alma, es preciso que el alma esté templada al calor del amor divino: para que este silencio no aterre, es forzoso que resuene de continuo en el oido esa voz que repite siempre á los espíritus fatigados, «alienta, confía; ¡hay un mas allá!»

Pero Elvira... ¡oh! hubo un momento en que creí que no iba á decidirse á permanecer aquí!

Sin embargo, pasada la primera impresion, y cuando vió que todas la acariciaban con suma dulzura, que se prevenian sus menores deseos con una solicitud tan bondadosa, cuando sobre todo se puso su lecho junto al mio, y se la aseguró que no se alejaria un momento de mi lado, sonrió llena de alegría, y ya no pensó en volver con sus padres, sino despues que estos regresaran de su dilatado viaje.

La presencia de algunas otras niñas de su edad, y el magnífico jardin del convento, concluyeron de vencerla, y ya la ví tan serena y risueña como siempre.

Mi celda tiene una gran reja que cae al huerto, un rosál sube hasta ella y se enreda en sus hierros.

¡Oh! benditas sean sus flores que perfuman mi retiro!

Aunque nuestros muebles son tan sencillos como conviene á mi nueva vida, tenemos algunos hermosos cuadros, libros de devocion y estudio y un pequeño reclinatorio colocado ante un magnífico crucifijo, á cuyos piés hacemos ambas nuestras cotidianas oraciones.

¡Oh! si vieras, hermano mio, como aquellos brazos estendidos parecen aguardarme; como aquellos ojos amantes parecen mirar el fondo de mi alma!

Familiarizada ya con todo cuanto debe rodearme hasta la muerte, hé esperado tranquila el dia en que el velo de las novicias se plegue sobre mi frente.

Esto no ha tardado en llegar: ya te hé dicho que fué poco el tiempo que se pasó en los necesarios preparativos.

El doctor San Roman, ese sábio y digno anciano que tanto interés ha mostrado por mí, ha querido encargarse de todo.

—Ya sabe V. María que soy su padre, me ha dicho: al menos, no me niegue V. este último favor!

Al escucharle, al ver su frente abrumada por el pesar, no he tenido valor de negarle lo que me pedia, y hé accedido á sus deseos.

¡Oh! sin poder yo evitarlo, la mitad de su fortuna ha sido distribuida á los desgraciados en nombre mio, y dos jóvenes pobres han obtenido un dote para entrar tambien en el claustro en el mismo dia y al par que yó.

Todo cuanto me ha rodeado, y apesar de que hubiera deseado que precediese á mi entrada en el convento la mayor humildad posible, ha sido grande y magnífico.

¡Solo la ofrenda de mi corazon era débil y mezquina, ante aquel Dios que con una mirada sondea las almas, y lee en los espíritus!

¡Oh! plegue á su bondad aceptar el sacrificio y no ver la miseria y la pequeñez de la víctima.

Amelia, por un escés de bondad, acaso de oculta gratitud, quiso encargarse de mis atavios para esta especie de esponsales santos, y me remitió un traje de raso y encaje blanco, un velo y una corona de azahar.

Todo esto me fué preciso aceptarlo, y pocas horas antes de la ceremonia me hallaba cubierta con aquellas galas, de rodillas en mi celda, cuyo aspecto contrastaba notablemente con la riqueza de aquel traje.

Abismada en mi oracion pasé no sé cuanto tiempo, hasta que la puerta se abrió con estrépito, y Elvira apareció en el dintel, diciendo con su habitual alegría.

—Ven, ven, María, mamá está aguardándote en la reja del locutorio.

—¡Cómo! exclamé sobrecogida, ¿es ya la hora?

En aquel momento y como para responder á mi pregunta, el reló dió pausadamente las cuatro.

Todavía faltaba una hora!



¿Cómo era que Amelia se había apresurado tanto?

Salí sin embargo de mi celda y me dirigí al locutorio.

Antes de llegar á él, me encontré con la anciana abadesa que se detuvo un punto fijando en mis sus ojos con una espresion de cariño indescriptible.

Después, tomando una de mis manos, me dijo con dulce voz.

—Dios te bendiga, hija mia, y los ángeles á quienes tanto te pareces, velen contigo y estén á tu lado siempre!

Besé su mano con respeto, y la pedí permiso para ir donde la condesa me aguardaba.

—Vé, me dijo, hoy es día de gracia para tí, y nada puedo negarte.

Seguí adelante llevando de la mano á Elvira, y ambas llegamos donde aguardaba su madre.

Amelia, vestida de riguroso luto estaba allí, y se levantó al verme.

Me tendió su mano á través de los hierros, y yo la estreché entre la mia con toda la efusion de mi alma.

—Me he adelantado algunos momentos á Horacio, me dijo, porque queria hablar con V. un instante á solas, María.

Me volví á Elvira que no habia oido las palabras de su madre, y la dije dando un beso en su frente.

—Mamá no tiene una flor siquiera que ofrecer ante el altar de la Virgen, y ya sabes, hija mia, las rosas que hay en nuestro jardin. Allí quizá estará la hermana Pilar, y ella pude ayudarte á formar un ramo.

La niña fijó en mis sus hermosos ojos, y ya fuese que comprendiera mi deseo, ya que le agradase la idea de bajar un instante al jardin, se sonrió y me dijo con rapidéz.

—Es verdad, voy; pronto vuelvo, cojeré muchas! ya verás que hermosas las traigo.

Y desapareció lijera como un pájaro.

Cuando Elvira se perdió de vista tras la entornada puerta, Amelia se acercó aun mas á la reja y murmuró en voz baja y de modo que yo sola pudiese oirla.

—María, ha llegado el momento en que vamos á separarnos para siempre, en que estos muros van á interponerse eternamente entre V. y el mundo, y en esta hora, y en este instante, quiero manifestar á V. mi gratitud, quiero abrirla mi alma por entero, quiero en fin decirle que comprendo en todo su valor, su inmenso sacrificio, y que... y que él tambien lo adivina.

—¡Cómol! ¿qué vá V. á decir? pregunté, alarmada.

—¡Oh! María, me respondió, Dios quiere que toda accion heróica tenga recompensa, Dios quiere que todo martirio tenga una palma.

—Mas yo...

—V. ha sido la mas noble y la mas pura de las mugeres: sin su benéfica influencia ¡quién sabe lo que hubiera sido de mí! quién sabe á donde me hubiera conducido un instante de error.

Hice un movimiento para interrumpirla, pero ella no lo consintió y continuó con exaltacion.

—Nó, no disculpe V. mi desvario, no amenore V. el valor de su conducta.

Yo la admiro, yo la tengo en tanto que por ella he sentido nacer en mi pecho un noble y santo estímulo, un solo deseo: el de imitarla! inspirada por él, hé querido á mi vez elevarme á su altura, y todo se lo he confesado á Horacio: él á su vez todo lo ha perdonado! En esta confesion sincera que me ha redimido á sus ojos de todas las faltas de mi imaginacion, no he olvidado mostrar la parte que V. á tomado, el modo que hatenido de volverme al camino del bien por medio de mi amor de madre! En fin, nada le he ocultado! rival digna de V. la he sublimado á su vista, sin que los celos ni la envidia detuvieran mi lengua al publicar sus altas dotes. El á comprendido esta abnegacion de mi alma, y estrechando mi mano.—Amelia, ha dicho. María es un ángel! el recuerdo del sentimiento que ella inspira es el aroma de la flor que encontramos á nuestro paso y cuyo caliz no tocamos, es el rayo de luna que ilumina nuestra senda desde el azul purísimo del cielo. ¡Oh! esa muger no pertenece á la tierra! yo pensaré en ella muchas veces, pero no te haré el ultraje de ocultarte este pensamiento. Los dos pronunciaremos su nombre, como se pronuncia el de el ángel de la guarda, como el eco de una plegaria que ha de llegar á los pies de Dios! nosotros viviremos unidos por el mas dulce de los lazos, nos amaremos en el mundo, á ella la amaremos ambos con un amor de los cielos! Esto dijo Horacio, y esto repito yo, María. Ya ve V. pues, que su mano purifica cuanto toca, y que á su lado hé aprendido á ser grande, hasta el punto de transmitirle á V. este mensaje!

Las campanas empezaron á lanzar á los aires sus alegres sonidos en aquel instante. Dios me llamaba por su voz!

¡Oh! las palabras de Amelia se mezclaban á aquellos ecos y onada encontraba que contestar!

La puerta del locutorio se abrió en aquel instante, y Horacio apareció en el dintel.

Nuestras miradas se encontraron un solo instante, pero en ellas, puedo decírtelo, hermano



mio, no habia nada de culpable! Era el adios de dos almas que se despiden hasta el cielo!

El adelantó, y Amelia le salió al encuentro.

—¡Ya es hora! murmuró tan solo.

—Sí; ya es la hora, repitió ella á su vez.

Tendí una mirada en rededor, pensé en tí, en Elia, en nuestra madre, ¡oh! ninguno estaba allí!

Entonces por un impulso inesplicable, por una debilidad sin nombre caí de rodillas y murmure estas palabras, angustiadas como mi alma.

—En este solemne instante, me hallo sola... sin un padre que me bendiga, sin una madre que ruegue por mí!

Horacio se acercó, estendió su mano sobre aquella reja, y murmuró con un acento tan solemne como una oracion.

—Señor, bendecid la frente de esta noble criatura, como yo la bendigo en nombre de su padre!

—Virgen santa, hacidla feliz y sembrad su paso de flores, exclamó Amelia anegada en lágrimas, estendiendo á su vez las manos con emocion.

La abadesa y algunas monjas entraron en aquel instante para decirme que todo estaba pronto.

—Vamos, hija mía, exclamó el conde, purificando con aquella sola palabra el afecto de nuestras almas.

Me levanté vacilante; me dejé conducir á la iglesia, y entre las nubes del incienso, las armonias del órgano y el fulgor de las movibles luces, ciñeron á mi frente el blanco velo de las prometidas de Jesus.

Algunas horas despues todo habia concluido.

Yo quedaba bajo la proteccion del cielo, y ellos emprendian su marcha sin que les volviese á ver.

Aquella bendicion y aquellas lágrimas habian sido nuestra despedida eterna.

Ahora estoy mas tranquila, cada dia doy á Dios gracias por mi resolucion, y espero impaciente que trascurra el año de mi noviciado.

Durante él, escribeme, aunque no recibas carta alguna mía, pues quiero consagrar á la soledad y á mi santo esposo todos mis pensamientos y mis ideas todas, abismándome así en su infinito y ardiente amor, en su amor que todo lo borra, en su amor que todo lo absorbe, que es eterno y sin fin, sin sombra ni mancha ni nube que lo oscurezca.

A Dios, Fabian mio, participa á nuestra madre mi nuevo destino, convencela de lo corto de esta separacion que ella juzgará muy larga, pero no; yo lo haré mañana, y mueran en

tu corazon como en una tumba de piedra los secretos de tu pobre hermana

MARÍA.

(Continuare.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## Á LA MEMORIA DE MI PADRE.

*Perdona, padre, si á tu tumba llevo  
fallo de inspiracion, bañado en llanto,  
á turbar tu reposo  
con las flébiles notas de mi canto.  
¡cuán jóven te perdí!... mi alegre infancia  
corrió cual manso arroyo  
entre las flores del pensil ameno:  
escudada mi vida con tu apoyo  
pasé mi juventud, bajo el sereno  
cielo esplendente de mi patria amada,  
en cuyo casto seno  
la virtud encontró digna morada.*

*Sumergido en la plácida inocencia  
de la edad infantil, no comprendia  
mi tierna inteligencia  
todo el bien que perdía  
al faltar á mi vida tu existencia.*

*Mas ¡ay! que la ignorancia lisonjera  
de la edad juvenil, pasó cual pasa  
meteoros luminosos por la esfera;  
y al penetrar de lleno en la carrera  
escabrosa del mundo,  
cual la bruma que envuelve al horizonte  
deshace el claro sol, tal de mis ojos  
rompióse la ancha venda;  
y al contemplar mi vista los abrojos  
de que erizada está la angosta senda  
de la misera vida,*

*¡cuanto duelo, exclamé, cuanta amargura  
prepara el mundo á la infeliz criatura!*

*Y entonces desperté del dulce sueño  
en el cual el espíritu reposa,  
que al dirigir mi cándida mirada  
al corazon humano, vió asombrada  
pasar en procesion tumultuosa  
cuantas pasiones la soberbia impia*



*pudo loca crear. Aquí el orgullo  
veo erigido en Dios; es la osadia  
la virtud predilecta; aquí es el oro  
el fin supremo de la vida humana,  
sustituyendo el interés liviano  
à la bendita caridad cristiana;  
con esfuerzo villano  
hoy la razon por descifrarlo todo  
se afana, sin mas luz que su criterio  
sepultando el misterio  
y las santas verdades en el lodo.*

*¿Y qué hace la ambicion? sorda traspasa  
por conseguir su bárbaro deseo  
las mas santas verdades, no respeta  
ni la desgracia que oprimida llora.  
ni la virtud del bien enjendradora,  
ni la piedad, por que su pecho hueco  
no vive el corazon, ni en su conciencia  
que el vicio marchitó, resuena el eco  
del dolor, la orfandad y la inocencia.*

*El vicio entronizado  
se estiende por doquier, domina solo  
cuanto baña la luz del sol dorado  
del uno al otro polo  
cual rio desbordado  
que en raudos torbellinos  
se precipita, y la gentil pradera  
torna en lago sombrío  
de fango vil, y en su feroz carrera  
descuaja frutos, árboles y flores,  
tal el vicio traidor huella y sepulta  
los mas santos amores,  
dando à la corrupcion que astuto oculta  
en su seno infernal, su libre vuelo  
para que reine en el dormido suelo.*

*La religion de Cristo sacrosanta  
desgraciada y herida en su cimiento;  
hoy la ley es la fuerza, y se quebranta  
cual hoja seca por el rudo viento;  
la justicia no es lazo  
de equidad que al derecho fraterniza  
uniéndole al deber con tierno abrazo;  
la ciencia desenvuelve sus verdades  
con teorías ridiculas, fundadas  
en añejos errores revestidos  
con moderna ficcion; las mas sagradas  
dulces creencias que en el alma moran,  
aprisionadas en su carcel lloran:*

*y en revuelto monton desordenado,  
cual buque que en el mar sin luz navega,  
la humanidad sin fé camina ciega  
à hundirse en los abismos del pecado.*

*Si tú, padre querido, cuyo imàgen  
vive en mi corazon eternamente,  
conseguiste gozar el almo cielo  
libre del mal del corrompido duelo;  
si tu alma aspira celestial ambiente  
en ese prado de eternal ventura;  
si la luz refulgente  
de la gloria ilumina tu alma pura  
ante la cual mi mente se recrea,  
el momento feliz bendito sea  
en que ascendiste à la celeste altura.*

J. Ortega Gutierrez.

## RECUERDOS DE CARNAVAL.

### I.

Oye lo que el refran canta:  
Ni de burlas ni de veras.  
Si quieres vivir tranquilo,  
Con tu señor partas peras.

Así cantaba con atiplada y sonora voz una hermosa niña de diez y ocho abriles, entretenida en su labor y sentada al pié de una ventana, por la que penetraba el sol de una serena mañana de Febrero.

Dejábase sentir en la calle el frio, pero no le sentia allí la linda costurera.

Cerquita de la mesa en cuyo almohadon tenia apuntada su labor, hallábanse dos personas.

Una de ellas, mujer como de cincuenta años, se hallaba echándole concienzudamente un remiendo á una saya color de café, tratando de adherir á ella un retal morado oscuro.

La otra era un jóven como de veinte y seis años, buen mozo, elegantemente vestido de artesano, que si no trabaja, no por eso dejaba de tener tambien su ocupacion, pues apenas apartaba los ojos de la hermosa niña que casi á su lado trabajando estaba.

Terminado habia su cantar la jóven cuando se le acabó tambien la hebra con que enhebrada tenia su aguja, y le fué preciso ponerla nueva.

Con este motivo levantó los ojos de la labor, y los fijó sonriéndose en los del jóven, pasando luego á mirar á la tercera persona que en segundo lugar hemos men-



Mas apenas la hubo mirado cuando soltó una franca carcajada la costurera, exclamando:

—¡Pero madre! ¿qué va V. hacer aquí?

—¿Pues no lo ves, Rosita? tapar ese agujero.

—Sí; ¿pero no ve V. que ese retal no pega con el color del vestido?

—¿Y eso qué le hace? Fuera de qué sí que pega. Los dos son oscuros y de color parecido.

—Poco mas ó menos como Antonio y yo. ¿Verdad, tú?

—Sí que es mucha verdad, mamá Josefa, afirmó el aludido.

—¡Qué!... ¿qué sabeis vosotros de esas cosas, chiquitines? Andad, andad, y dejadme que yo me arregle á mi gusto las cosas que son mías. Así lo hicieran con quien yo me sé.

—¿Con quién, madre?

—¡Toma! con el Santo Padre, que todo el mundo le oprime y todos quieren mandar en sus cosas. ¡Digo! Como si el necesitase que... ¡Pues!

—Sí, como si él no se metiera con los demás objetó Antonio.

—¡Vaya! ¡vaya! que no me empieces con tus cosas de siempre, Antonio! ya sabes que á mí no me gusta que te diga mal de aquel señor que tan bueno es y tan santo, y que tanto nos quiere á todos los que somos buenos cristianos.

—Pues ¿qué me diría V., mamá Josefa, si supiese que mañana voy á salir disfrazado de Obispo? repuso el joven entre sonriente y formal.

—¡Tú! exclamaron á una, madre é hija.

—Sí, yo.

—Diría que tampoco me gusta, y que no creo que lo hagas, contestó gravemente la madre, suspendiendo su trabajo y cruzando las manos sobre la labor, para mirar la expresion del rostro de su interlocutor.

—¿Pero es verdad que vas á disfrazarte mañana? preguntó la niña.

—Cierto.

—Y ¿de qué?

—Pues ¿no lo dije? de obispo, con faldas moradas, y camisilla blanca, y manto, y mitra.

—¡Eh!... que no. Me engañas. ¿Verdad que sí?

—Que no te engaño.

La niña, que hasta entonces habia estado sonriendo, tomó un aire pensativo y murmuró:

—Pues mira, si es cierto lo que me dices, tampoco á mí me gusta que hagas eso.

—¡Bobería!

—No, no: ¿te acuerdas de lo que ahora mismo estaba yo cantando? *Ni de burlas ni de veras...* sabes? *con tu señor partas peras.*

—Y eso ¿qué tiene que ver con que me difrace yo de obispo?

—Sí que tiene que ver. Que el obispo se debe respetar porque él representa al Padre Santo, y el Padre Santo representa á Dios, y por lo mismo el obispo tambien representa á Dios, y hacer burla del obispo, mira, es hacer burla de Dios Nuestro Señor.

—¡Bah! riéte de eso, muger, que todo es música y nada mas.

—¿Oye V. madre, lo que dice Antonio?

—Sí, ya le oigo, pero me hago cargo de que se quiere bromear con nosotras y no le hago caso: que si no fuera así...

—¿Qué? preguntó el artesano.

La mamá Josefa suspendió nuevamente la labor que habia continuado durante el precedente diálogo de los

dos jóvenes, y añadió con grave y pausado acento:

—Te hablaría como á madre que debo serte el día en que el señor Cura os bendiga, y te diría que es una cosa muy mala la que tratas de hacer, y que no la hicieras porque Dios te puede castigar.

Antonio se echó á reir, sin contestar palabra, y quedó aquí cortada la conversacion sobre este particular.

Mas cuando despues de algunos instantes se despidió de ellas el joven, díjole Rosita á media voz.

—Verdad que no harás mañana aquello que has dicho?

—¿Y por qué no he de hacerlo, tontuela?

—Porque Dios te podría castigar.

—¿Por eso no mas? ¡Oh! entonces me tiene sin cuidado. Dios no se ocupa de esas frioleras.

Y sin esperar la réplica de su novia, se marchó por la escalera abajo.

## II.

Antonio pertenecía á una sociedad de jóvenes obreros de esos que se llaman despreocupados y que á sí mismos se dan el *delicioso* título de ateos.

Amargo fruto de venenosos árboles trasplantado al antes puro vergel de nuestra hoy malaventurada España

Era la vispera del domingo llamado de *Quincuagésima* por los católicos, y que los mundanos han bautizado con el título de *Carnaval*.

Y aquellos jóvenes asociados habian concertado recorrer las principale calles de la poblacion donde pasó lo que refiero, parodiando de un modo indecoroso una de las mas augustas ceremonias de nuestra única sacrosanta religion, el bautizo de un niño.

Y como se trataba de ridiculizar personas y cosas de muy elevada clase, el que debia administrar carnavalescamente el Sacramento, debia representar á un obispo.

Y Antonio fué quien tomó á su cargo ese papel.

A la hora señalada se hallaban todos reunidos, por aquello de que mas puntualmente se acude á una cita cuanto peor es el objeto que la motiva.

Antonio era el único que faltaba.

Dejaron los compañeros que pasase un cuarto de hora, esperaron todavia quince minutos mas...

Pero el obispo no parecia.

Impacientes ya, mandóse un recado á su casa...

Y á los tres minutos regresaba el enviado, pálido, tembloroso y jadeante.

Cercáronle los compañeros, pidiéndole esplicaciones; pero solo despues de largo rato pudieron lograr oírle balbucear estas palabras:

—¡Muerto!!!

## III.

Ved ahí lo que habia pasado.

Una hora antes de la fijada para reunirse, Antonio quiso en su casa ver cómo le sentaba, qué efecto le produciría el traje que iba á *lucir*.

A este fin, sobre su vestido habitual púsose una saya morada que se ató á la cintura.

Cubrió luego la parte superior del cuerpo, á partir desde el cuello, con unas enaguas bordadas que le caían sobre las faldas, y en que se habian practicado dos



aberturas laterales, y á estas cosidas unas mangas de percalina blanca.

Colocó encima de sus hombros una capa tambien de percalina blanca y guarnecida de papel dorado.

Y por último, cubrió su cabeza con una bastante bien imitada mitra, en la cual se habia simulado el sacrosanto signo de nuestra redencion con objetos que por lo vulgares excusamos mencionar.

Así ataviado fué á mirarse en el espejo que sobre una cómoda habia, y una sonrisa burlona entreabrió sus lábios.

—¡Vaya! y qué boba la otra en decir que Dios...

Y sin terminar su frase soltó una ruidosa carcajada.

Otra carcajada contestó á la suya.

Antonio, que se figuraba estar solo, se estremeció como si una fuerte chispa eléctrica hubiese recorrido su cuerpo.

Volvióse... y se puso lívido.

En el fondo de la habitacion, en el ángulo mas inmediato á la puerta, donde la luz menos claridad esparcer podía, distinguió nuestro jóven un objeto.

Un objeto que se movia y hacia ridiculas contorsiones.

Y aquel objeto... ¡era un demonio!

—¡Dios! prorrumpió Antonio plegando las manos y cayendo de rodillas.

El demonio, que no era tal demonio, sino uno de sus camaradas que habia tenido el capricho de disfrazarse de aquel modo, se adelantó corriendo, comprendiendo que su compañero era víctima de un ataque.

Pero Antonio le rechazó con violento esfuerzo, cayendo luego tendido sin proferir una sola palabra.

El recién llegado dió voces, pidió auxilio, acudieron los vecinos, vino el doctor...

Y este declaró que Antonio iba á sucumbir víctima de una congestion cerebral.

Un profundo silencio acogió el terrible dictámen del doctor.

Silencio que vino á interrumpir una comparsa que por la calle pasaba cantando al compás de sus guitarras.

«Oye lo que el refran canta:  
ni de burlas ni de veras,  
si quieres vivir tranquilo,  
con tu señor partas peras.»

F. L. O.

## MARIA.

(CONTINUACION.)

Ambas se levantaban al amanecer y su primer cuidado era ir á misa, despues de lo cual volvian á ayudar á la vieja doméstica en los quehaceres de la casa, y se vestian con sencillez y gracia para pasar á la tienda. Apesar de sus cuarenta y cinco años los hermosos cabellos blancos de la

señora Catalina nada habian perdido de su hermoso matiz ceniciento, y sus ojos negros brillaban con un destello juvenil que nada quitaba por lo mismo á sus regulares facciones de su expresion llena de dulzura.

Su toca de una blancura extraordinaria la cuadraba á las mil maravillas y su vestido negro hacia resultar la nitidez de sus pequeñas manos, despues de adelgazar graciosamente un talle redondo; el conjunto todo de su persona tenia un no sé qué de agradable y esbelto que nadie la daba arriba de treinta y cinco años, aunque se pusiera á examinarla severamente.

La hermosura de María, sentada á su lado, se caracterizaba por el contrario por una gran distincion de formas y de maneras.

Los parroquianos no dejaban de manifestar cierto embarazo al preguntar á esta jóven que parecia una reina, el precio de las telas. Asi es que se entendian mejor con la señora Catalina: pero cuando oian la voz suave de la aprendiz, cuando experimentaban su gracioso modo de complacer, á ella era á quien se dirijian con preferencia. María se puso pronto al corriente de su profesion con una facilidad que no pudo menos de encantar y asombrar á la maestra, no debiendo omitir que la jóven aprendiz habia reemplazado desde el dia siguiente de su llegada á un viejo borracho é insolente que venia todas las tardes á ajustar las cuentas de la modista que, como casi todas las mugeres de la clase media de la época, sabia apenas escribir y leia con dificultad.

Menos el tiempo que empleaban en comer, pasaban lo restante del dia en la tienda trabajando con actividad, pero sin fatiga y con las innumerables distracciones que ofrece la presencia de compradores incesantemente renovados. Pero la noche era su momento de felicidad y de recreo, sentábanse al lado de una gran mesa: María tomaba los libros del comercio ó se ocupaba en hacer calceta; la señora Catalina la hablaba de mil cosas enteramente nuevas para la pobre niña que habia estado tanto tiempo encerrada. Su ignorancia de toda la vida admiraba por su naturalidad á la naturalidad misma de la buena modista. Estas pláticas duraban hasta las ocho; sucedíales la cena sin interrumpirlas y á las nueve se ponian á rezar delante de un crucifijo de ébano y marfil. En seguida las dos nuevas amigas se retiraban á sus respectivos cuartos y no tardaban en dormirse felices y tranquilas.

Era el lunes cuando María entró casa de la señora Margerin y al llegar el sábado no comprendia como se habia pasado tan pronto la semana. El tiempo volaba ahora para ella con una rapidez que no habia conocido ni en el convento ni



al lado de la iracunda hermana del obispo.

—Ea pues, hija mia, dijo la señora Catalina, cuando al anochecer del sábado se cerró la tienda y María se disponía como de costumbre, á sentarse delante de la gran mesa: esta noche tenemos que hacer algo mas que coser gorritos ó bordar mantillas. Mañana vienen á comer conmigo mi hermana y sus dos hijos, y es menester pensar en hacerles un buen recibimiento. Vamos, pues, á mudarnos nuestros vestidos y en seguida bajaremos al horno para hacer una buena torta; porque mi sobrino Juan es muy aficionado á las tortas y no se contenta con poco. ¡Que buen muchacho es! añadió, cuando le veas, estoy segura que te agradará.

Las mejillas de María se encendieron con un brillante carmin; afortunadamente la señora Catalina se hallaba al extremo opuesto de la trastienda y no reparó en la inocente turbación de la jóven. Aun no se habia repuesto totalmente de esta agitacion, cuando la señora Margerin vino á ayudarla á quitarse el vestido y la condujo á la cueva, donde segun costumbre del pais, estaban la cocina y el horno.

Pasóse la noche en la fabricacion de la torta, ayudando María á la señora Catalina con tal destreza é inteligencia que la dejaban admirada. Despues subieron á sus cuartos, donde numerosas abluciones no tardaron en hacer desaparecer los rastros blanquecinos que la harina y la pasta habian dejado en los brazos robustos de la señora Margerin é incrustado en los afilados dedos de María. En seguida se acostaron y debemos decir, como fieles historiadores, que María se durmió aquella noche mas dificilmente que de costumbre.

La mañana del domingo no causó menos agitacion en casa de Pastelot; su madre y Juana hablaban largamente de la nueva aprendiz de la señora Margerin, que ya deseaban ver, y el corazon de Juan palpitaba sin que pudiera darse cuenta de los motivos que lo hacian palpar. Al fin llegó la mañana solemne; la señora Pastelot fué á la misa mayor con sus hijos, y allí en la iglesia encontró á la señora Margerin y á María. Catalina saludó con una sonrisa á su hermana y á su sobrina. Estas saludaron á la aprendiz que les contestó con una reverencia y ocultó el rubor que le subía á la cara con el libro de devociones que tenia en la mano. Juan no esperaba menos embarazo, y jamás habia asistido con menos atencion al Santo Sacrificio de la Misa. Apesar de sus esfuerzos, sus miradas se dirigian involuntariamente á María.

(Continuará.)

E B.

Arauzo de la Torre.—Sr. D. E. E., recibidas las 18 pesetas, servimos la nueva suscripcion, le quedamos reconocidos.

Almeria.—Sra. D.<sup>a</sup> M. B. en nuestro poder las 10 pesetas; puede estar tranquila por su señora hermana.

Albuquerque.—Sra. D.<sup>a</sup> D. P., recibimos las 9 pesetas que anotamos segun desea, y le damos gracias por su bondad.

Albuquerque.—Sra. D.<sup>a</sup> N. M. de S., recibidos los 10 reales que remite.

Asin.—Sra. D.<sup>a</sup> F. A.—Ha llegado á nuestro poder los 16 reales.

Ariño.—Sr. D. V. L., abonada la coleccion del año 78 con los 12 rs. que remite, lo saludamos afectuosamente.

Buimanco.—Sr. D. F. L., recibí las 5 pesetas queda abonado hasta diciembre de 79.

Berriain.—Sra. D.<sup>a</sup> L. A.—En nuestro poder la letra de 6 pesetas, abona con ellas hasta octubre del 79 puesto que antes no resulta en su cuenta entregada cantidad alguna.

Barcelona.—Sra. D.<sup>a</sup> E. C. de V., puede pedir los números que le faltan; quedan recibidos los 28 rs., paga con ellos hasta diciembre del 79 de la Sra. D.<sup>a</sup> A. C. D.

Badajoz.—Sra. D.<sup>a</sup> A. L. D. C., se han recibido los 12 reales que remite, pudiendo hacer el pago segun indica.

Cabeza del Buey.—Sr. D. R. G. B., recibidas las nueve pesetas, tres para D.<sup>a</sup> D. P., y seis para la nueva suscripcion que nos avisa y que queda servida.

Apies.—Sra. D.<sup>a</sup> R. O., queda hecha la variacion de su nombre por el de D.<sup>a</sup> R. M., y recibidos los 18 rs.

Bernuy de Zapardiel.—Sr. D. G. G., le remitimos los números que desea y quedan en nuestro poder los 28 reales.

Cee.—Sra. D.<sup>a</sup> D. F., le enviamos los números que reclama, y servimos la nueva suscripcion. Queda terminado el pago de las obras. Por todo lo demás le damos infinitas gracias.

Cardenete.—Sra. D.<sup>a</sup> J. D. y T., recibidos los 12 rs.

Carmona.—Sr. D.<sup>a</sup> R. R., en nuestro poder las seis pesetas, y le agradecemos su esactitud.

Castañeda.—Sra. D.<sup>a</sup> M. M., recibidos los 16 rs.

Écija.—Sta. D.<sup>a</sup> M. B. F., mi querida amiga ha sido una equivocacion el envio de la nota de la Sta. de M.; ruego á V. que me dispense. Su carta es tan amable como siempre, yo la agradezco mucho, y le aseguro de nuevo mi cariño.

Forcades.—Sr. D. S. S., recibidos los 10 rs.

Galdar.—Sr. D. J. B., con los 13 reales que envia queda satisfecha la suscripcion hasta diciembre.

Jerez de los Caballeros.—Sra. D.<sup>a</sup> M. T., le damos gracias por su interés; ya creemos que tendrá las entregas en su poder.

Alhama.—Sra. D.<sup>a</sup> C. P., han llegado á esta redaccion los 80 rs. que envia por lo cual le quedamos agradecidos, no podemos decirle con exactitud lo que lleva abonado por cuenta de las obras, pues como estas y las suscripciones están á su nombre, todo está anotado en una cuenta.

La Directora.

Continuará,

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.